

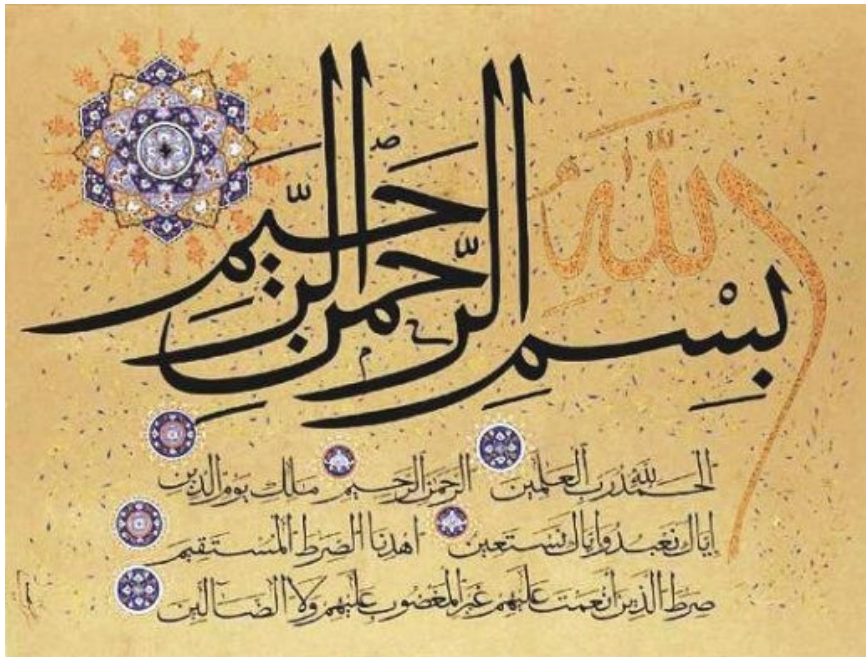
CHAYJ AHMAD IBN MUSTAFA

AL ALAWI

DE MOSTAGANEM

TRATADO ALAWI DE FILOSOFIA ISLAMICA

Al Abḥaz al-Alawiya fî-l-falsafa-l-‘ilamiya



Traducido y comentado por: Abdul Karim Mullor

INDICE GENERAL

	Página
INTRODUCCION GENERAL	3
CAPITULO I : LOS ORIGENES DEL HOMBRE	6
CAPITULO II : LAS IMPLICACIONES INDIVIDUALES	13
CAPITULO III : LAS IMPLICACIONES SOCIALES	17
CAPITULO IV : LA REFUTACION DE LAS TEORIAS DEL MUNDO MODERNO	23
CAPITULO V : FILOSOFIA Y TRANSCENDENCIA	40
CAPITULO VI : LA LEY DIVINA	47
CONCLUSION GENERAL	54

INTRODUCCION GENERAL

En el Nombre de Allâh el Todo-Misericordioso, el Muy-Misericordioso:

La plegaria y la paz sobre la corona de los Enviados (quien existía antes que nuestro padre Adam), nuestro señor Muḥammad, el Sello de los Profetas.

El Chayj Aḥmad Ibn Muṣṭafa al-‘Alawi fue sin duda alguna el renovador del Islam del pasado siglo, en virtud de lo expresado por el Profeta Muḥammad – sobre él la plegaria y la paz - en un ḥadiz. En dicho ḥadiz, él expresa como cada siglo Allâh enviaría a un hombre de la Umma Muhammadiana para renovar la religión. Dicho ḥadiz lo podemos encontrar en el compendio del Imam Ŷalalu-d-Din Suṭuti, titulado Ŷami’a-ṣ-ṣagīr.

El chayj Al-Alawi fundó su cofradía unos diez años después del comienzo del siglo XX. La nombró Tariqa Alawiya (de la raíz árabe ‘aliya o elevada) por consejo de su maestro (el chayj Buzidi), pues según este último, con el chayj Al-Alawi dicha Tariqa llegaría a ser la más elevada de cuantas existen en el universo musulmán. Dicha cofradía se remonta a través de una línea de transmisión, llamada silsila, hasta el mismísimo Profeta – sobre él la plegaria y la paz -, pasando entre otros por el chayj Darqawi, el chayj Šadili y sayyidina Ali – que Allâh ennoblezca su rostro-.

Efectivamente, en los 24 años en los cuales el chayj Al-Alawi estuvo dirigiendo la cofradía, su Tariqa se extendió por todo el orbe musulmán. Desde Marruecos hasta Oriente Medio, Malasia e Indonesia, pasando por Francia. Millares fueron sus discípulos, quienes fundaron cientos de zawiyyas.

En la época del chayj, no pocos ‘ulama (doctores de la Ley) se convirtieron en sus discípulos, sino que asimismo, y como consecuencia de la dominación francesa sobre Argelia, no pocos europeos, y entre ellos personalidades relevantes del mundo de la intelectualidad y las artes, se convirtieron al Islam por su influencia.

En los albores de los años 20 inauguró la gran mezquita de París, dirigiendo en ella el primer salat (plegaria ritual islámica).

Escritor incansable, sus obras han comenzado a traducirse en francés. Sin embargo, muy pocas de ellas se encuentran traducidas a la lengua hispana. Esperamos que esta presente obra sirva como preludio a todas aquellas que serán traducidas al español en los próximos años.

El chayj es pues uno de los máximos exponentes de todos los tiempos de la doctrina del Tassawuf o sufismo, la cual no es otra que, ni diferente de, el dominio espiritual del Islam, llamado Iḥsan (La Excelencia).

El presente tratado no se encuentra encaminado a desarrollar las verdades profundas ocultas en los tesoros insondables del conocimiento espiritual. Se trata, antes bien, de una obra

dedicada a convencer a los filósofos modernos de lo incompleto, y muchas veces de lo erróneo, de sus búsquedas con respecto a la verdad universal. Así mismo, dicho texto puede servir, tanto a los musulmanes como a los aspirantes en la vía espiritual, a comprender la naturaleza humana en toda su complejidad.

Se trata de un estudio directo, claro y certero de la naturaleza humana y sus capacidades intelectuales. Asimismo, de una búsqueda de respuestas a las necesidades del ser humano, adaptadas, tanto a sus necesidades de base, como a aquellas las cuales se encuentran discretamente ocultas en una naturaleza compleja y a la vez fascinante.

Por último, permitidme expresar unas palabras dirigidas a los aspirantes de la Vía Espiritual:

Dicha obra representa una ayuda encomiable a todos aquellos quienes por primera vez se acerquen al estudio del Tassawuf (sufismo); aunque, a decir verdad, es, y será útil como refresco intelectual a cualquier aspirante, sea cual fuere la etapa en la cual se pudiera encontrar en su búsqueda sincera de la Verdad, Una, Infalible, Eterna y Universal.

Del siervo de Allâh y miembro de la Tariqa Alawiya:

Abdul Karîm Mullor

En el nombre de Allâh, el Clemente, el Misericordioso

Alabanza a Allâh quien puso en relación al hombre con las cosas superiores después de haberle vinculado a Él y extraído de sus orígenes inferiores; lo que hizo de él la fuente de la existencia ('Ayn al Wu'ud) y el centro del círculo de las virtudes (Wa-n-nuqta-marqasiyya li-da'irati-l-fada'i) y de la liberalidad, y, en tanto que hombre, conforme a la naturaleza de su creación. Que la plegaria y la paz sean sobre aquel quien constituye un fin para la humanidad (Ghaya) y para las verdades sagradas un punto de partida (bidaya). El faro de la eternidad (nibrasu-l-'aṣal), el eje del Todo (Mihwaru-l-kull), quien llama a Allâh, con Su permiso, y quien conoce sus derechos, así como sus deberes. Que la plegaria y la paz sean igualmente sobre su familia, sus Compañeros y sus próximos.

Entre las cosas importantes las cuales nos ha sido dado comprender, y que es nuestro deber el proponer, se halla la publicación de estas tesis elementales referidas a la enseñanza Alawi, dispensada en diferentes momentos y de una forma irregular. Que el discípulo saque tanto provecho como sus capacidades lo permitan. Ahora que estas búsquedas han sido delimitadas y publicadas, y que nuestro fin es distribuir las para su uso, que aquel quien las encuentre útiles obtenga provecho de ellas. En el caso contrario: ***“Es de ser un buen musulmán el no ocuparse de aquello que no le concierne a uno”***. (Hadiz)

CHAYJ AL ALAWI

CAPITULO I

LOS ORIGENES DEL HOMBRE

(Tesis 1 a 5)

Quienquiera comience a leer este compendio filosófico deberá reconocer lo novedoso y original de su contenido, asimismo de su exposición.

Las tres primeras tesis analizan la naturaleza corporal y psíquica humana haciéndola proceder de tres elementos base, los cuales se encuentran de una manera patente en el universo:

Mineral, vegetal y animal.

Estos tres elementos forman la base de la naturaleza humana. Todo ser humano participa, de una u otra forma, de estos tres elementos. Algunos seres humanos se encuentran más próximos a la materia mineral o inerte; otros a la materia vegetal o pasiva y otros a la animal.

Sin embargo, estos componentes no forman de ninguna manera lo que hace al ser humano destacar de las otras especies creadas. Por ese motivo en la cuarta y la quinta tesis, el chayj Al-Alawi, nos da la clave para diferenciarlo de su entorno: su razón y su intelecto o ruh (espíritu)

El ser humano se encuentra atado doblemente a estos tres elementos básicos, y tiende inexorablemente a ubicarse y consolidarse en ellos. Evidentemente, sus necesidades básicas así se lo piden. No obstante, sin desvincularse de su égida, puede aspirar a elevarse, tanto racional, como espiritualmente a aquello lo cual le vincula a la existencia superior. Y ello, como dice el chayj, es casi imposible si no se fuerza en algo la natura, sin que para ello se deba desequilibrar necesariamente la organización y repartición de fuerzas de todos los elementos presentes en él. No hablamos pues de forzar la naturaleza en el sentido literal del término, sino de forzar la tendencia a establecerse única y fundamentalmente en los tres elementos materiales de base.

PRIMERA TESIS

La extracción de la Humanidad de sus tres orígenes

La humanidad ha sido extraída de sus tres orígenes, a saber: del reino mineral (Mutlaqa-l-yismiyya) – literalmente la generalidad de los cuerpos físicos o el mundo psíquico en el sentido estrictamente material), del reino vegetal (Al-‘Aÿsana-l-namiya) y del reino animal (Al-‘Aÿsana-l-hayawaniyya). Es posible decir de estos tres que son inferiores al hombre con respecto a su posición (Al-Makan) y superiores en cuanto a la generalidad (Al-‘Ammiyya). En efecto, la animalidad es más general que la humanidad; y a fortiori el mineral que el vegetal.

La separación del hombre del mineral fue adquirida por su capacidad de crecer (A-n-Numuw), vibrar (A-d-dubul) y perecer (Al-haraka-l-‘irti’aşıyya). La adquisición de estos tres caracteres le permite participar del reino vegetal, del que fue separado gracias al flujo vital (Al-Farada-r-Ruḥi) el cual precisa de ciertas cualidades sensitivas (Al-‘Idrakata-l-ḥissiyya). Estas últimas cualidades le permitirán el formar parte del mundo animal, del cual fue separado por la razón especulativa (Al-‘Aqlu-n-Naṣarî – designando generalmente la acción del pensamiento, más particularmente religioso)

Al igual que es su razón especulativa la cual ha desenraizado al hombre de las cosas inferiores y bajas, es ella quien la ha vinculado a las cosas superiores y celestes. Además, ella es considerada como un enlace entre las dos posiciones opuestas: la superior y la inferior.

Es únicamente a este nivel que la humanidad puede existir. Es a propósito de esta liberación relativa que Allâh dice: “El os creó por etapas sucesivas” o aún: “Después Nos le creamos de una creación nueva” (Corán, 71-18).

Conclusión de la primera tesis

Que cada uno considere su separación y su liberación con respecto a las cosas inferiores, así como su vínculo con las cosas superiores y sobre todo que busque bien la causa de esta separación, a fin de perpetuarla y a fin de no formar parte de las cosas generales.

SEGUNDA TESIS

Lo que experimenta el hombre con respecto a sus tres orígenes

El hombre se encuentra sólidamente anclado en sus elementos inferiores (en general), pero sus lazos con el mundo animal son más sólidos que aquellos los cuales conserva con el mundo vegetal, y estos últimos son más sólidos que aquellos los cuales le vinculan al mundo mineral. Así, él es sensible a la animalidad cuando ella se encuentra perturbada; y esto sin que él conozca exactamente la razón.

Al contrario, ella es mucho menos sensible a la tala de árboles, por ejemplo. De la misma manera, él se preocupa mucho más vis a vis del mundo vegetal que a la vista del mundo inerte. Su sensibilidad hacia el mundo animal es debida a la fuerza de los lazos los cuales mantiene con ella y porque él (el ser humano) está obligado a tenerla en consideración, así como a ocuparse de ella. Por otro lado, la fuerza de las emociones del hombre depende del grado de humanidad que se encuentra en él.

Sería capaz, si estuviera desprovisto de toda humanidad, de no experimentar la menor emoción al contemplar la aniquilación de la especie humana toda entera, así como de compadecerse a la vista del más pequeño animal.

Es a estas gentes desprovistos de toda humanidad que hace alusión, exhortando, la palabra de Allâh – exaltado sea -:

“Los siervos del Misericordioso son aquellos que marchan humildemente por la tierra y que dicen Paz a los ignorantes que se dirigen a ellos” (Corán 25-63); siendo el punto importante: **“Que marcha humildemente sobre la tierra”**.

Conclusión de la segunda tesis

Que cada uno considere su comportamiento y sus emociones (Mu’amalatih wa ‘ihsatih,) en relación a sus tres orígenes y que corresponda a sus obligaciones hacia ellos según la calidad de la relación que él mantiene con ellos.

TERCERA TESIS

La naturaleza de las relaciones del hombre con sus orígenes inferiores.

La cadena de los seres se encuentra perfectamente organizada (Muhkamatu-t-Tanasuq); así, necesariamente, la humanidad y la animalidad se encuentran imbricadas la una en la otra. En cuanto a la imbricación del elemento animal en el elemento vegetal es visible en la coordinación armoniosa de estos dos elementos en el proceso natural, así como en la capacidad común de crecer, menguar y moverse.

Esto permite integrar la animalidad en el reino vegetal. Y ello nos parece verdadero aún haciendo abstracción de la Revelación, a pesar de la claridad de esta: **“Allâh os ha hecho crecer de la tierra al igual que a las plantas, después El os devolverá a ella y de ella os hará surgir.”** (Corán 71-17). Así pues, nos está permitido decir que el animal no es sino un vegetal que ha sido separado de la tierra y que se nutre por arriba, mientras que el vegetal no es sino un animal el cual ha sido fijado a la tierra y que se nutre por debajo. **“Allâh ha creado a todo animal a partir del agua”.** (Corán 24-43) es dicho en el Corán, y aún: **“Nos creamos toda cosa a partir del agua”** (Corán 21-30)

Conclusión de la tercera tesis

Esté seguro el hombre que la sola adquisición de las virtudes (‘iktidab al-‘ada’il) puede distinguirlo de sus orígenes inferiores. Allâh ha dicho: **“El más noble de vosotros es el más virtuoso”** (Corán 49-13).

CUARTA TESIS

El hombre no es sino un animal que se distingue por una característica específica que se encuentra en él

No es necesario verse dotado de una gran fineza de espíritu para poner en evidencia el lazo el cual une al hombre con la animalidad. Admitiendo que el hombre forma parte del género animal y que los animales se dividen en varias especies, entonces lo que constituye la humanidad en la persona es su elemento específico (Al-Jassiya). Sin este elemento específico el hombre no podría existir.

Entendemos por elemento específico aquello lo cual diferencia al hombre del género animal, al cual pertenece, y le coloca en una posición completamente aparte. Pero dicho elemento es menos fuerte en él que el elemento animal; siendo pues más animal que humano.

Que él compare estas manifestaciones corporales (Awaridahu al-badaniyya) a sus aspiraciones espirituales (Nawaṣi'ihī a-r-ruhmaniyya); constatará sin duda alguna la debilidad de estas últimas; así podemos apercibir como las relaciones de los hombres unos con otros se asemejan fuertemente a las de los animales entre ellos, siendo incluso, en algunos casos, peores.

Así pues, el concepto de humanidad parece vacío de contenido alguno. Y aún si esta humanidad gozara de una existencia real, ella sería, sea ineficaz, sea subrepticamente activa (ma'dumatu a-t-tahir aw'amila fi'l-jafa), de temor de ser devorada por las bestias feroces. De otra manera, ella hubiera surgido en otro lugar el cual pudiera ser notado.¹

Conclusiones de la cuarta búsqueda

Que cada uno constate a su alrededor, en qué medida sus semejantes se encuentran próximos de la animalidad y de la humanidad; y que no olvide extraer conclusiones.

¹ Este pasaje debe ser entendido como en el caso hipotético en el cual la humanidad del hombre no se imponga a su propia animalidad. Es como si el chayj estuviera abriendo el debate sobre el alcance de la humanidad y el de la animalidad en el ser humano, en cuanto a presencia predominante se refiere. También se debe entender que si el elemento predominante del ser humano hubiera sido la humanidad en la mayoría, entonces probablemente hubiera sido formado en condiciones diferentes a aquellas en las cuales ha sido creado.

QUINTA TESIS

Respuesta a la cuestión de saber qué es el hombre

El hombre es un ser capaz de multiplicarse y de gobernarse él mismo. Ciertamente, uno no puede definirle así sino es en la medida en la cual se le puede ver y tocar; pero, si tomamos en consideración el hecho de que sus sentidos no sobrepasan el estadio de la animalidad, esta definición entonces, aparece como no-satisfactoria. Estamos pues obligados a decir, para llegar a definir al hombre, que la noción hombre comporta una doble significación:

La primera concierne al hombre corporal el cual podemos ver y tocar, caracterizado por las particularidades de su especie.

La segunda concierne al hombre en tanto que poseedor de ciertas cualidades y características, de las cuales, la principal de ellas le eleva por encima de los instintos naturales y de todo cuanto se encuentra en la naturaleza del mal.

La primera podría ser nombrada “el hombre conocido” (al-‘insan al-ma’qi) y la segunda “el hombre ignorado” (al-insan al mayhul). No nos queda entonces sino repetir: “Si te interrogan al sujeto del espíritu, di: **“El espíritu procede de la Orden de mi Señor”** (Corán 17-85)

El hecho es que no podemos conocer este “hombre ignorado” detrás de esta forma densa (a-š-šaklu-l-jatif) y este temperamento duro (a-t-tabu-l-mutahaÿÿir), que en la medida en la cual él manifiesta a veces grandes capacidades intelectuales (min bu’di-l-madarik) y una muy fina sensibilidad (wa raqiqi-š-šu’ur). Como consecuencia de la contemplación de esto nos extrañaremos diciendo: **“¡Allâh no lo quiera, este no es un simple mortal!”** (Corán 12-31).

No obstante, aunque se trate de un ser humano, deseamos conocerle. ¿Quién puede informarnos acerca de él, para así refrescarnos el corazón, a la vez que tranquilizar nuestro espíritu? Las facultades del ser humano ¿pueden permitirle alcanzar un conocimiento profundo de la esencia del hombre (Kunh ma’na-l-‘insan)? La consideración de la analogía muestra que ello no es posible.

He constatado, en efecto, que cada una de sus capacidades de aprehensión era incapaz de alcanzar su propia esencia. El ojo, por ejemplo, es incapaz de mirarse a sí mismo, y así para todas las demás. Aún la razón, la cual comprende aquello lo cual puede ser conocido, se encuentra incapacitada para conocer cuál es su naturaleza precisa.

Estos ejemplos nos muestran que el ser humano es incapaz de alcanzar su propia esencia, a menos que Dios le eleve hasta El. Sin embargo, él puede siempre pretender que la esencia humana (Al-ÿawharu-l-‘insan) es la cosa más noble de todo cuanto el universo contiene.

Conclusión de la quinta tesis

Es necesario que el hombre utilice su inteligencia (Istij Dam al-Qariha wa stulfatu-n-naṣar) y dirija su atención hacia aquello lo cual hace de él un ser humano, y esto conformemente a la palabra divina: **“¿Acaso no os veis a vosotros mismos?”** (Qur'an 51-21). Puede ser que encuentre así lo que busca. Y también: ***“Aquel quien se conoce a sí mismo conoce a su Señor”***, dice la Tradición.

CAPITULO II

LAS IMPLICACIONES INDIVIDUALES

(Tesis 6 y 7)

Esta filosofía nos proporciona los medios de responder a las cuestiones que siguen:

- *¿quiénes somos?*
- *¿de dónde venimos?*

Ella no nos ofrece la respuesta, aún así nos abre el camino para llegar a ella. En efecto, este descubrimiento pasa por un esfuerzo individual, el cual nadie puede hacer en nuestro lugar.

La herencia que el hombre recibe de los reinos precedentes es el campo de trabajo del buscador. Estas huellas son a la vez una oportunidad que procede de un querer divino, pero asimismo una limitación y un velo cara a las verdades celestiales. Mediante el esfuerzo, la educación, la voluntad, el hombre se integrará en el Proyecto divino en el cual la sumisión activa más perfecta es el Último fin.

Considerando sus orígenes inferiores, el hombre constatará su implicación en sus movimientos corporales y mentales. Así, se establecerá una jerarquía humana cuya élite está constituida de hombres cuyas acciones son voluntarias y coherentes. Este pequeño grupo de hombres es el verdadero motor de la sociedad; él es responsable de ella. Estos seres de élite caminan humildemente sobre la tierra, consagrados como están al servicio de otros.

Que cada uno encuentre el lugar que le corresponde “temiendo a Allâh en el objeto de su elección”.

SEXTA TESIS

La repercusión en el hombre de sus estados originales

El hombre guarda necesariamente algunas huellas de sus orígenes, o más bien de las tres etapas elementales por las cuales ha debido pasar. Su capacidad de abstracción con respecto a ellas depende del estado de su substancia humana.

Tal substancia humana no puede liberarse totalmente de su elemento más lejano, a saber: el elemento mineral, y manifiesta una dureza (ÿumud) la cual le liga a su origen sólido. El aparece entonces tan duro como una piedra, sino más.

Tal otra substancia humana la cual llega a degradarse gracias a las predisposiciones (Istt'dadih), de su elemento lejano, no tarda en sufrir los efectos de su elemento medio, a saber: el elemento vegetal. El es sometido entonces a movimientos desordenados, generalmente poco apreciables, que son los propios de los vegetales. Estos movimientos aparecen bajo el efecto de tendencias más que bajo el efecto de la voluntad.

Tal otra substancia humana nos llega aún, gracias a sus predisposiciones a deshacerse tanto de su elemento medio como de su elemento lejano; su elemento próximo, a saber: el elemento animal, no cesa de obrar sobre ella, formando parte como la forma. Es, no obstante, verdad que esta parte puede ser educada y utilizada racionalmente si el temperamento natural es bueno. Es por lo cual los cuidados son exigidos y la educación es indicada.

Conclusión de la sexta tesis

Que cada uno observe bien si una influencia cualquiera de sus tres orígenes no se ha infiltrado en su substancia sutil (ÿawaruhu a-l-Latif); si es así, entonces, que se desembarace de ella aunque fuere forzando la naturaleza.

SEPTIMA TESIS

Las categorías humanas desde el punto de vista del movimiento y de la inercia

Existen dos especies de movimientos en el ser humano: el movimiento mental y el movimiento corporal. En lo que se refiere al movimiento mental, los hombres se dividen en varias categorías jerarquizadas.

Algunos se encuentran carentes de cualquier movimiento especulativo (Alamu natiqiiyya). Esta categoría es en el mundo racional (Alamu-l-ma'qulat) a lo que la piedra es en el mundo sensible (Alamu-l-mahsusat): ella no se mueve sino es gracias a una fuerza externa.

Algunos otros se encuentran dotados de movimiento, pero de un movimiento completamente anárquico, no gobernado por la voluntad, y que se asimila estrechamente a una agitación desordenada. El movimiento de esta categoría puede ser utilizado en el dominio inteligible como lo es el movimiento de los árboles y de las plantas en el dominio sensible; pero este género de movimiento es poco interesante pues se encuentra sometido a los caprichos.

Los hay quienes se encuentran dotados de un movimiento regular y voluntario; aún así, este movimiento es útil para los otros más que lo es para su propio autor. La utilidad de esta categoría en el dominio de lo inteligible es análoga a la de los animales sometidos al hombre en el mundo sensible.

Los hay aún quienes se encuentran dotados de un cierto movimiento al cual las otras clases de movimientos mentales (al-Harakata-l-fikriyya) se encuentran sometidos: se trata de los grandes pensadores que caracterizan nuestra época; y su función en el dominio inteligible es análoga a la del hombre en el mundo sensible. Esta clase de seres es la más elevada; entre sus miembros figuran los profetas y la élite.

En cuanto al movimiento corporal (al-harakata-l-badaniyya) es análogo al movimiento mental en la medida en la cual los hombres se dividen con respecto a él en varias categorías. Los hay quienes son como inertes. No son útiles ni a ellos mismos ni a otros. Tales individuos son en la sociedad humana parecidos a un miembro muerto en un cuerpo humano. Los hay cuya acción se encuentra sometida a los caprichos de la falta de coherencia. Una tal acción es, a veces benéfica a la sociedad, a veces dañina. Los hay pues cuya acción está sometida a la voluntad y es coherente; una tal acción es útil a su autor y también a la sociedad; a condición, sin embargo, que la persona a la que se refiere se encuentre a servicio de otro.

En cuanto a la élite de las gentes de acción, quienes se encuentran dotados de una fuerte personalidad, su efecto sobre los hombres es parecido al del hombre sobre los animales. Esta clase de hombres comporta los príncipes, los reyes y los poderosos.

Dios ha dicho: **“Nos hemos elevado en grados a los unos por encima de los otros, a fin que los primeros tomaran a los otros a su servicio”** (Corán 43-31)

Conclusión de la séptima tesis

Que cada cual localice bien cuál es su lugar entre estas categorías, que escoja la que prefiere y que tema a Allâh en el objeto de su elección.

CAPITULO III

LAS IMPLICACIONES SOCIALES

El chayj nos aproxima a un aspecto intrínseco al ser humano: la sociabilidad. No podemos ver en este hecho sino es un reflejo de la Unidad Divina, cuya luz viene a manifestarse en la unidad armónica de los seres de este mundo. Los principios fundamentales de dicha sociabilidad se encuentran en la naturaleza humana misma. Todas las partes de esa naturaleza son individuales si las tomamos por separado, pero, a la vez, no son nada sino están en contacto directo las unas con las otras, ordenadas de una manera equilibrada, y por tanto natural.

En efecto, el ser humano se encuentra provisto y dotado de miembros los cuales funcionan de una forma armónica. Pero a su vez, esta armonía se encuentra dirigida por el órgano al cual le han sido asignadas las facultades de control y guía: la razón.

Asimismo la sociedad se encuentra compuesta de miembros individuales, los cuales, en ninguna manera podrían subsistir por si mismo sino hubiera un ente superior que acogiera a todos en su seno, es decir: la sociedad.

La sociedad es y debe ser pues, la imagen de un cuerpo humano ordenado, de tal manera que si uno de los miembros sufre, todo el cuerpo padece las consecuencias. Y, al igual que el cuerpo humano, debe tener un miembro que la dirija por el camino adecuado para obtener su fin principal, el cual es y debe ser, la salud y bienestar de todos y cada uno de sus miembros. Así pues, el gobernante de la sociedad ocupa el lugar paralelamente equivalente al del cerebro o la razón en el cuerpo del ser humano.

Por supuesto, ni que decir tiene, que ambos, sea el cuerpo humano, sea el cuerpo social, no podrán manifestar un comportamiento armónico y saludable que si existe una guía superior la cual los dirige a la mejor consecución de sus fines, siendo ella a este efecto la Ley religiosa.

Un aspecto muy olvidado por los eruditos del sufismo, y no obstante, esencial, es que los elementos corporales y sociales, tanto en su formación como en su funcionamiento, son un reflejo de la Unidad universal que relaciona todos los seres entre sí, tanto en el mundo celeste como en el mundo material.

Iremos aún un paso más lejos diciendo que la dicotomía material-espiritual no existe que si se conceptúan las cosas externamente a la Unidad fundamental de la cual todo extrae su razón de ser y existir. La materia es espíritu, y aquella se percibe como tal materia en la visión incompleta del ser humano que no ha llegado a su fin principal para el cual ha sido creado: el conocimiento.

OCTAVA TESIS

El hombre es a la sociedad lo que el miembro es al cuerpo

Los hombres constituyen una verdad única (Muttahid al-Haqiqa), aún si ellos son numerosos y esta verdad no actúa sino es en vista de fortificar la humanidad en el hombre. Y es que realmente, el hombre no es múltiple.

Dios ha dicho: **“Vuestra creación y vuestra resurrección son para El como la de un solo ser”** (Corán 31-27)

Esto muestra que el individuo humano es, cara a la sociedad, como el miembro lo es en relación al cuerpo. Ahora bien, los miembros y órganos del cuerpo difieren entre ellos, pues sus funciones son diversas. No se puede dispensar a ninguno de ellos de su funcionamiento, bajo pretexto que existe otro miembro del cuerpo más noble. Cada uno de entre ellos es noble en razón de su necesidad y del beneficio que el cuerpo puede obtener; y ello porque las necesidades del cuerpo se encuentran ligadas tanto sus miembros como a sus órganos.

Es lo mismo para la sociedad humana: sus necesidades se encuentran ligadas a los miembros que la constituyen. Cada grupo tiene la responsabilidad de ciertas necesidades humanas y debe satisfacerlas. En ningún caso se puede dispensar a la sociedad de alguno de los grupos. Lo mismo ocurre para cada miembro de la comunidad; **“A cada uno se le facilita hacer aquello para lo cual ha sido creado”**, dice un hadiz.

Mientras que un miembro del grupo trabaje para el bien de la comunidad más que para sí mismo, puede ser considerado como un miembro de la comunidad. En el caso contrario sería semejante a una parte del cuerpo afectada de parálisis y cuya existencia produce al cuerpo más mal que bien.

A este respecto, los miembros y órganos del cuerpo son muy instructivos. La actividad de cada uno de ellos aprovecha mucho más a las otras partes del cuerpo que a él mismo, y todos ellos juntos se unen para el beneficio del mismo cuerpo; por ejemplo, mientras que los sentidos participan todos juntos al aumento de la percepción (Taqqiyyatu-l-hissi-l-muštarak), la razón escoge lo que es útil al cuerpo. Mismamente, ella no obra para ella misma sino para el conjunto del cuerpo; además, lejos de perseguir un fin egoísta, la actividad de los órganos, los sentidos y las facultades morales (Al-Idrikata-l-batina) persiguen el bien del conjunto de las partes del cuerpo.

A partir de ahí, es fácil generalizar la tesis. Lo que tratamos de hacer comprender, es que el individuo humano debe ser considerado en referencia al cuerpo social, como el órgano en referencia al cuerpo propiamente dicho. El debe pues actuar más para el bien de la colectividad que en vista del suyo propio.

Naturalmente él tendrá la parte que le corresponda, pues en tanto miembro de la colectividad, él es dichoso o desdichado en la medida en que ella misma es lo uno o lo otro. Si el conjunto de la colectividad decide el hacer respetar este principio por cada uno de sus miembros, no existe duda alguna, que pronto o tarde, ella conocerá la dicha y el prestigio entre las naciones. Este debería ser el objetivo de todo Reformador (Muslih).

Una de las mejores referencias a este respecto es la Palabra del Profeta – sobre él la plegaria y la paz – según la cual: ***“Los creyentes son parecidos a un solo cuerpo; si uno de sus órganos se encuentra enfermo, todo el cuerpo es alcanzado por el insomnio y la fiebre”***

Cómo, en efecto, explicar que todo el cuerpo sea así alcanzado sino es porque el órgano del cual se trata es más útil al cuerpo que a sí mismo. Lo mismo ocurre con el individuo que es útil a la sociedad; si éste se queja de algún mal, esta no tardará en sufrirlo en ella misma.

Conclusión de la octava tesis

Que cada uno localice bien el sitio que le corresponde en el conjunto de la sociedad y que se interrogue a sí mismo sobre su actividad o su inercia, así como sobre el valor y la utilidad de su acción.

NOVENA TESIS

De lo que constituye el valor del hombre en el seno de la sociedad

El hombre es considerado en su sociedad relativamente a las necesidades y a las cosas complementarias las cuales es capaz de satisfacer en provecho del cuerpo social. Esto explica el adagio, según el cual: “El valor de un hombre reside en lo que hace de bien”. En esto, los hombres son semejantes a los órganos de un mismo cuerpo. El valor útil, del ojo por ejemplo, no es el mismo que el de la pestaña, ni el valor de ésta el de las cejas; pero ningún órgano es inútil. Es así pues como ocurre con los hombres en el seno de la sociedad.

Aunque su valor sea diferente, ninguna criatura es vana. Es así que los seres humanos no han sido creados inútilmente, y ello aunque sus actos no sean siempre buenos. A este respecto el Qur'an afirma: **“¿Acaso creéis que os hemos creado vanamente y que no retornaréis a Nos?”** (Corán 23-116).

Ocorre sin embargo que no se puede encontrar siempre la secreta razón (Waÿhu-l-hikma) por la cual tal persona pueda encontrarse en una determinada situación; pero uno se vuelve más consciente de ello desde el momento en el cual constata que la realidad perfecta es utópica. Consecuentemente nadie debería subestimar la función que es la suya en la sociedad, sea cual fuere la modestia de dicha función.

Esto a condición de que no se despoje de un cierto realismo, ya que no se pueden violar las leyes naturales (Fitratu-l-Lâh) a las cuales Allâh ha sometido a los hombres. Y ello porque Allâh ha concedido a cada una de Sus criaturas la parte que le es propia. Que cada uno, entonces, actúe conformemente a la naturaleza de sus capacidades y que las desarrolle tanto como pueda. Ello es lo mejor para él y lo más útil para sus semejantes.

La verdad de una cosa no puede ser transformada en su contrario, aún si uno se esforzara en ello: el oído no podrá nunca ver, ni la mano hablar; y cada órgano no puede hacer una cosa diferente de la de aquella para lo cual ha sido creado.

Conclusión de la novena tesis

Todo esto puede ser útil al ser humano en la medida en la cual le permite penetrar en el secreto de las cosas (Asraru-l-ka'inat) y de percibirlo en las más pequeñas criaturas. El no puede entonces desdeñar a ninguna de ellas, sea cual fuere el grado inferior en el cual se encuentre.

DECIMA TESIS

La sociedad humana tiene necesidad de dirigentes

Hemos visto en los análisis precedentes que el hombre estaba más anclado a su “animalidad” que él lo está a su humanidad; dicho de otro modo, él es más animal que humano. El tiene asimismo necesidad de un guía. Es por lo cual, además, la Sabiduría divina ha hecho lo necesario para que él se encuentre sometido a las leyes celestiales (Awda’ samawiyya).

De hecho, el hombre ha escogido voluntariamente esta situación, y ello en razón de su creencia en el mundo del Más Allá. Esta creencia tiene por origen la pareja “amenaza-promesa” (A-t-targib wa-t-tarhib) y constituye para la sociedad humana un asidero en cuanto a su humanidad se refiere. En cuanto a su animalidad, esta necesita una barrera (Muwaṣṣir) y dicha barrera no es otra que las leyes dictadas por el poder temporal (Al-Qawanin A-s-sultaniyya).

La Sabiduría divina ha hecho de tal manera que estas leyes vengan a completar las órdenes divinas en vista de guiar al hombre a domar exteriormente su animalidad. La religión y el poder político aparecen como asociados en vista de educar el comportamiento del hombre, de suerte que cada uno de ellos tenga necesidad del otro.

Si, por ejemplo, la religión quedara silenciosa respecto a algún punto de orden ético o de otra naturaleza, el poder político intervendría completándola en ese punto. Es pues necesaria la existencia de los dos de una manera conjunta. En cuanto a aquel quien pretende que el poder político no tiene necesidad de la religión y que puede por sí mismo garantizar los derechos y deberes de los ciudadanos, se encuentra en el error.

El no creyente, en efecto, no respeta las leyes sino cuando se encuentra en público, no haciéndolo en secreto. Ello porque las rigurosas sanciones previstas al encuentro de cualquier desobediencia a las leyes no le son aplicables sino bajo el auspicio de pruebas concretas; ellas no son pues disuasivas sino es en el caso en el cual él se siente observado. Pero, ¿qué le impide, mientras se encuentra solo, con un dinero que no le pertenece o una mujer que no es la suya, el cometer cualquier delito si sabe que no va a ser visto? ¡Por Allâh! Nada lo puede impedir sino si él teme a Allâh el Señor de los mundos.

Aquél quien, en la elaboración de las normas pasa por alto las prohibiciones de origen, puede ser sospechoso de no tener fe; es como si él permitiera la transgresión de las leyes cada vez que uno se encuentra al abrigo de las miradas indiscretas. Es pues, hombre en público y animal en secreto.

Pero el hecho de que nos estimemos necesario la intervención de un poder sagrado de una forma privada (Sulta diniyya batiniyya) para ayudar al poder externo (A-s-sulta-z-zahiriyya),

que es el poder político, a fin de proteger la libertad del hombre en su cuerpo, sus bienes y su honor y a fin de que sea protegido en secreto y en público, no significa que concibamos este poder sagrado como una simple institución (Muḡarrad siyasa) llamada “ley divina”.

Quienquiera sostuviera dicha concepción, lo haría pensando que esta ley divina no le concierne y que se encuentra perfectamente al corriente de la situación real. Un individuo tal forma pues necesariamente parte de aquellos que estiman que la violación de las leyes en secreto se encuentra permitida. Ahora bien, es contra esto que habíamos llamado la atención precedentemente.

El hombre no puede encontrarse al abrigo del error sino si él considera los imperativos divinos (Al ‘awamiru-l-‘ilahiyya) de la misma manera que él considera las leyes humanas (Al-Qawaninu-s-sultaniyya), es decir, como leyes en el sentido propio de la palabra y no en el figurado (‘Ala-l-haqiqa-l-maḡas). Es solamente entonces que él entra en la categoría de aquellos quienes creen en Allāh y en el juicio último.

Conclusión de la décima tesis

Que quede claro que el papel de la religión en la protección de los derechos del hombre no es menos importante que el del poder político.

CAPITULO IV

LA REFUTACION DE LAS TEORIAS DEL MUNDO MODERNO

(Tesis 11 a 20)

Una vez contruidos sólidamente los cimientos, mediante la explicación de la naturaleza humana, y edificada sobre ello la fortaleza mediante la proposición de un ser humano capaz de traspasar las fronteras de la materialidad, revestido de cualidades morales, sociales y espirituales, el chayj Al-Alawi pasa a mostrar el error o la ausencia de verdad de los postulados filosóficos occidentales.

Dichas tesis se fundan sobre tres pilares fundamentales, si podemos llamar pilar a algo que se revela netamente incapaz de sostener el sólido edificio del pensamiento humano íntegro y bien guiado:

La tesis de que la sociedad puede dirigirse por un código moral que no tenga correspondencia con la Divinidad.

O la negación de la existencia de la Divinidad misma.

El concepto heredado y deformado de la Divinidad como si ella se tratara de una persona físicamente localizable y establecida sobre un Trono, pudiendo tener prole.

Con un arte tan noble que lo teóricamente complicado lo hace parecer simple y elemental, el chayj Al-Alawi pone el dedo en la herida sangrante del error filosófico occidental.

Primeramente explicando porque un compendio de normas morales no puede regir la sociedad, y a continuación mostrando que las tesis materialistas han sido establecidas sin haber profundizado en todos los puntos susceptibles de ser tenidos en cuenta, dando como realidad algo lo cual no es sino la incompetencia confesa de los postulantes para ir más allá en sus limitados pensamientos.

Es pues, la filosofía occidental, rea de los defectos los cuales pretende achacar a la religión, tal y como esta se ha manifestado en sus países de origen. Es precisamente en base a su concepto erróneo de la Divinidad que ellos niegan la idea de Divinidad en ella misma, cuando aquello que hubieran debido negar es el concepto que ellos mismos se han hecho de la Divinidad Universal llamada por todos Dios (Allâh)

DECIMOPRIMERA TESIS

Tesis de aquellos quienes estiman que la voz de la conciencia puede reemplazar a la religión impidiendo al hombre cometer el mal

Es posible que se diga: “Si los Antiguos estaban de acuerdo para estimar que la observación de las leyes divinas era necesaria a fin de garantizar al hombre sus derechos y deberes, ello es porque se había vuelto una necesidad debido a las condiciones de la época y porque era necesario alcanzar el objetivo buscado por todo reformador, a saber: el hacer reinar la paz y el crear para ello las condiciones necesarias en el hombre. Pero, hoy en día las ideas han evolucionado y los espíritus han progresado a un punto tal que se han vuelto capaces de organizar sus propios asuntos sin necesidad de recurrir a las leyes divinas para ello. Para no hacer aquello que no se debe, basta ahora al hombre con que la voz de la consciencia (Sawtu-d-damir) le amoneste en su interior”.

A nuestro juicio esto no es otra cosa que una broma (Juza ‘abala), la cual no puede engañar sino a los más débiles, y una tesis sin fundamento desmentida por los hechos. El número de crímenes cotidianos se encuentra ahí para probarlo; y estos crímenes son generalmente cometidos por personas no religiosas; ¡cuán lejos se encuentran pues dichos individuos, de la voz de la consciencia moral!, si es que existe una consciencia moral como se pretende. En cuanto el libertinaje (Al Ibaha) se introduce en una comunidad, éste expulsa la fe que allí se encontraba, instalándose en su lugar. El no tarda pues en levantar todas las barreras, de las cuales forma parte la voz de la consciencia.

Esta última constituye, en efecto, una barrera entre el individuo y sus deseos, y el libertino la considera como un obstáculo cuya eliminación permitirá al fin el gustar del reposo o de la tranquilidad. Y aunque, mismamente si esta consciencia moral se opusiera a su acción, ella permanece, sin embargo, muy débil, no dando resultado positivo alguno. Y ello porque sus energías son tan débiles como su creencia en el Más allá.

En la medida en la cual un libertino no se refiere a ningún Más allá, una tal idea, suponiendo que ella aflore, es considerada más bien como una suerte de mal pensamiento al cual vale más no prestar atención. Tratándose como se trata al contrario de reservar la mayor parte del tiempo a la satisfacción de sus deseos.

De manera general, ninguna persona imparcial puede otorgar crédito alguno a la tesis según la cual la voz de la consciencia puede ser garante de los derechos y de los deberes de los hombres. Aquel quien es gobernado por sus instintos no piensa en realidad en otra cosa que en la satisfacción de sus deseos sea por el medio que fuere.

Conclusión de la decimoprimer tesis

Que se esté seguro de una cosa: Nada valen el sentimiento religioso y la consciencia de lo que existe después de la muerte para ayudar al poder político a proteger los derechos y deberes de las gentes.

DECIMOSEGUNDA TESIS

De la consideración de las leyes elaboradas por el hombre en relación a las normas divinas

Los juristas modernos estiman que el hombre es actualmente un ser mayor y no puede ser considerado como un incapaz. El puede elaborar sus propias normas, según las necesidades que le son propias, sin sentirse ligado a ninguna ley antigua. Esto es lo que los juristas modernos piensan. Abstracción hecha de la “veracidad” de lo que avanza este grupo de gentes, estimamos que no se puede decir nada sobre esto antes de comparar los dos tipos de normas: las normas divinas (A-t-tašru-l-haqiqi) y las normas humanas (A-t-tašru-l-jalqi).

El mismo jurista reconoce que le es generalmente imposible, en el curso de la elaboración de leyes, el no tomar en consideración ciertas cuestiones personales o ciertos intereses particulares. Esto es en general así en los regímenes republicanos, y a fortiori cuando se trata de un poder personal y tiránico. También, el derecho elaborado, lleva a veces, no su propio nombre, sino el de aquel quien lo ha instituido.

Además él no puede ser aplicado sino es acompañado de la fuerza; luego es la fuerza la cual funda este derecho y no la justicia (Al-Haqq) ni la sabiduría (Al-Hikma).

Es por lo cual, en el momento en el cual la fuerza se escapa a aquel quien la posee (lo que es normal en una criatura), el derecho se transforma en su contrario o no es aplicado. La fuerza, habiendo pasado al campo opuesto, este último no dudará en ponerla al servicio de sus intereses.

Es por lo cual vemos al pueblo, y sobre todo a sus clases más débiles, no poder llegar sustraerse a las consecuencias de los intereses particulares. Se le ve sometido a la voluntad de aquellos quienes construyen el derecho y disponen de él y de sus bienes como lo creen conveniente, según su deseo. He aquí la verdad de la situación.

En cuanto a las normas divinas, ellas son de una naturaleza fija y no pueden ser cambiadas; ellas se aplican a la vez al gobernante y al gobernado, sin experimentar excepción alguna. Aquel quien vive a su sombra está asegurado para siempre contra los cambios humanos que llegan sin cesar y esto gracias al poder que Allâh ha depositado en ellas.

Conclusión de la decimosegunda tesis

Contrariamente a las leyes elaboradas por los hombres, las leyes divinas no se encuentran influenciadas por intereses particulares cualesquiera.

DECIMOTERCERA TESIS

De la toma en consideración de aquel quien dirige el Universo, es decir, Allâh, glorificado y exaltado sea

El origen profundo de lo que acabamos de decir, a saber: que es necesario un poder religioso el cual ayude al político a salvaguardar los derechos del hombre, (este origen) procede de la creencia en la existencia de un Ser quien gobierna el universo.

Las naciones antiguas y modernas que pueblan la tierra, a pesar de la diversidad de sus creencias, reconocen la existencia de un tal Ser. A pesar de la multiplicidad de sus doctrinas, ellas creen todas en la existencia de una Divinidad, diferenciándose únicamente en la idea la cual ellas se hacen de la Verdad; es decir, de su esencia y de su cualidad (Al Mahiya wa-l-kayf). Cada uno trata de hacerse una idea de ella recurriendo, sea a la reflexión personal (Iÿtihaduha), sea a un libro. Es esta la razón por la cual existen tantas comunidades y sectas.

Sea como fuere, el punto de encuentro de todas las oposiciones es la creencia en la existencia de un tal Ser; solamente un pequeño grupo, el cual hace excepción, niega Su existencia, remitiéndose a título de justificación a los incompetentes en la materia. ¡Ah, si este grupo hubiera reconocido la divinidad como fundamento de justificación! Habría entonces admitido implícitamente, de una cierta manera, la existencia de Dios y hubiera formado parte, a pesar de lo no adecuado de su creencia, del círculo de aquellos quienes creen en la Unicidad.

Pero este grupo de gentes, habiendo alejado de sus convicciones un elemento importante, se encuentra opuesto a lo que la mayoría de la humanidad había admitido. Por ello, él sufrirá necesariamente las consecuencias que se derivan de ello en este mundo y en el Más allá, ya que aquí se trata de infidelidad por excelencia y que todos los otros actos de infidelidad se derivan de ella.

Allâh ha dicho: **“Ello es así, Allâh es el Señor de los creyentes. Los infieles no tendrán nada de ello”** (Corán 47-12)

Dicho de otra manera, ellos no creen en El. Una actitud tal es susceptible de golpear a aquellos quienes creen, sean quienes fueren.

Además de su negativa en creer, se les ve afanarse en transmitir con entusiasmo su doctrina, creyendo poseer uno de los saberes procedentes del progreso humano. No saben que su increencia en Dios es una fuerza salvaje. Esto debería ser considerado como una herida en el flanco de la humanidad o como un resto de animalismo. Si es verdad que una tal creencia ha existido en los antiguos, tal y como lo muestra el Qur'an: **“Ellos dicen: “No existe para nosotros otra vida que la presente, vivamos o muramos, es el tiempo quien nos aniquila”** (Corán 45-23)

No se puede considerar esta creencia como representando uno de los mejores aspectos de nuestra época, llamada de progreso. Esta creencia es el fruto de épocas pasadas y de pueblos primitivos, y así no es asombroso que la conducta de las gentes de épocas antiguas haya sido tal y como el Qur'an lo ha transmitido: **“No son comparables sino a animales, y más extraviados aún, lejos del camino recto”** (Corán 25-44). Lo asombroso es que tales doctrinas sean profesadas por hombres de valor, quienes si se enmendaran, el mundo entero se enmendaría con ellos.

Conclusión de la decimotercera tesis

Hay que tratar de convencer al escéptico de entrar en el círculo de aquellos quienes creen en la Unicidad, aunque fuere con el mínimo requerido para ello. Pues la Verdad no puede salir sino es del círculo de la afirmación de la Unicidad y no puede ser encontrada que allí.

DECIMOCUARTA TESIS

La razón por la cual ciertos filósofos modernos rechazan la idea de Dios

Algunos se preguntan si la razón por la cual los Antiguos han rechazado la idea de un Dios-gobernante del mundo era su inteligencia limitada (ÿumudu-d-din) y su temperamento rústico (salabatu-t-tab) como lo afirma el Qur'an: **"No son comparables sino a las bestias"** (Corán 25-44). ¿Cómo explicar entonces que estos hombres modernos puedan profesar opiniones semejantes, mientras que ellos difieren de los antiguos, por poseer un saber más vasto y una más fina sensibilidad?

La respuesta a una cuestión tal es, en verdad, necesaria. Bien considerado, constatamos que la razón de una tal actitud no es otra que el concepto erróneo que ellos se hacen de Dios; siendo ésta una concepción la cual no se conforma a la realidad de las cosas. En efecto, antes de emprender el estudio el cual le ha conducido a negar la existencia de un Dios-gobernador del mundo, todo filósofo ha partido de una creencia la cual ha recibido en herencia (Sabilu-l-waraza); sea cual fuere el impacto que dicha creencia haya tenido en él, no puede imaginarse a Dios de otra manera que bajo la forma de un hombre localizado en los cielos, sentado sobre un trono o cualquier otra cosa semejante y susceptible de ser percibido por los sentidos. Tal es la idea que él se hace de Dios.

Sea cual fuere el saber el cual haya podido adquirir o las certezas que le alcancen derivadas de la experimentación científica (A-t-taÿribatu-l'ilmiyya) los descubrimientos teóricos (Al-Iktişafat al-Aqliyya) o la observación a través del telescopio, no puede, en efecto, resultar sino en fin de cuentas en la visión de un vacío inmenso en el cual se encuentran un número inconmensurable de cuerpos celestes. Algunos de estos cuerpos son astros, otros soles y otros satélites; su movimiento depende de la atracción que ellos ejercen los unos sobre los otros y de otras leyes de la naturaleza (A-n-nawamisu-t-tabi'iyya).

Los filósofos adquieren entonces la certeza de que todo se encuentra ligado, que los efectos dependen de sus causas y que la Naturaleza obra ella misma sobre sus elementos. A pesar de esto, ellos no pueden dejar de sentir que más allá de todo cuanto hayan podido conocer, alguna otra cosa dotada de un gran poder existe aún. Pero, a pesar de la intuición de esta Otra-cosa, ellos se apresuran a afirmar que ello se trata aún de la Naturaleza.

Allâh dice: **"El hombre es siempre apresurado"** (Corán 17-11). Así él afirma su negación del Creador. Pero si se le interroga convenientemente se podrá constatar que su negación es únicamente relativa al Dios tal y como él lo imaginaba, es decir, parecido a una persona, localizado en el espacio y susceptible de ser percibido por los sentidos.

Es cierto que un Dios revestido de tales características es siempre más noble que el Pájaro fabuloso de las leyendas. Así pues su negación concierne más bien a los caracteres

imaginados de Dios que al Dios verdadero el cual no es sino puro misterio. Creo que si se dijera a uno de estos filósofos que Dios es un poder externo imposible de percibir (*Muta'ad dirat al 'idrak*) absolutamente diferente de la materia (*Tubayyinu-l-Madda*), en contacto con el hombre de cerca y de lejos, que El está más próximo del hombre que su vena yugular, que su esencia es aún ignorada, que ni la intuición ni la percepción sensorial pueden alcanzarle y que a Su sujeto el Qur'an dice:

“Las miradas de los hombres no le alcanzan, pero El escruta las miradas. El es el Sutil. El está perfectamente informado” (Corán 6-104).

O aún todavía: **“¡Nada es semejante a El! El es aquel quien oye y ve perfectamente”** (Corán 42-10). Si se le dijera esto a un filósofo, pudiera ser que éste no sería tan apresurado como lo había sido antes, en el momento en el cual él sentía la existencia de otra cosa la cual rebasa sus posibilidades.

Allâh dice: **“Su ciencia no puede alcanzarle”** (Qur'an 20-107)

El filósofo tendría que esperar hasta que estas certezas (*Al Bayan*) le convenzan, tanto para creer, o en caso contrario, para negar. El no debería entonces haberse apresurado a negar, pues la negación no puede tener otro origen que una debilidad de facultades (*Du'fu-l-'idrak*). Es por ello pues que aquel quien afirma la existencia de Dios no puede ser utilizado como argumento contra aquel quien la niega.

Conclusión de la decimocuarta tesis

Lo que precede nos muestra que los partidarios de la negación, no niegan en realidad otra cosa que el Dios el cual ellos mismos han imaginado; su negación no hubiera tenido objeto si ellos hubieran tenido el menor conocimiento sobre los artículos de fe del Islam.

DECIMOQUINTA TESIS

De la cortesía en la discusión

Cuando tengo la oportunidad de encontrar una persona de valor, discuto con ella con cortesía. Es así que un día hube de encontrar una importante personalidad modernista (Al ‘asriyyin) quien no creía en otra cosa que no fuera la naturaleza (A-t-tabi’a-l-mahda). Después de haber comenzado la discusión como es necesario hacerlo, es decir, de la manera el más cortés, le dije: “Supongo que usted ha alcanzado la perfección (Al-Gaya) en su arte y que de esta manera usted ha llegado a la casi completa certeza de la inexistencia de Dios.”

El respondió: “Así lo creo yo”

Le dije: “Y sin embargo usted no podría excluir que un resto de duda quedara aún en el fondo de usted mismo y que considere a admitir la existencia de un Poder (Quwwa) el cual sobrepasa todo lo que usted puede llegar a concebir, de un Poder imposible de conocer, quien mantiene el equilibrio del Universo y que impide a éste de caer en el desorden (Al ‘Ijtilal) y la desaparición (A-t-taslaši) progresiva”.

El respondió: “Existe siempre una duda en admitir algo que sea definitivamente perceptible y de esencia desconocida”.

Le dije: “En ese caso, usted estaría de acuerdo en que cualquier otro pueda afirmar aquello lo cual usted duda en hacerlo. Las posibilidades intelectuales de las personas son, en efecto desiguales y el hombre se encuentra más cerca de la ignorancia que del perfecto conocimiento” (Al ihata).

El respondió: “¡Es exacto!”

Le dije: “En la medida en la cual usted reconociera, como otros, la existencia de un Poder inaccesible el cual trata de circunscribir tanto a aquel quien le afirma, como a aquel quien duda, e incluso a quien le niega, mientras que en conjunto ella les circunscribe a todos, como encontramos en el Qur’an: **“Su ciencia abarca toda cosa”** (Corán 4-126). ¿Cuál es el nombre que se le podría dar?”

El respondió: “No lo sé”.

Yo le dije: “¿Qué inconveniente hay en darle el nombre de Divinidad?”

Mi interlocutor me dijo: “Yo no he llegado ni tan siquiera a imaginarla, con más razón, de no poderla dar un nombre.”

Yo le dije: “El hecho de no poder imaginar una cosa cuya existencia se siente es la substancia de la fe (Ṣubdatu-l-‘Ittiqad), también quedarse en su posición hasta que llegue la

certeza; pues es muy posible que el Dios Verdadero sea este Poder misterioso, el cual escapa a las más sanas inteligencias. Allâh dice: **“Su ciencia no puede alcanzarle”** (Corán 20-107)

O aún: **“Las miradas de los humanos no Le alcanzan, pero El escruta las miradas. El es el Sutil, el Perfectamente informado”** (Corán 6-104).

O aún: **“Nada se le asemeja. El es aquel quien oye y ve a la perfección”** (Corán 42-9).

Es entonces que mi interlocutor me dijo: “Si Dios es tal como usted acaba de describirle, entonces yo creo en Su existencia.”

Yo le respondí: **“Los creyentes son hermanos”** (Qur'an 49-10).

Antes de separarnos como dos buenos amigos, él me prometió el no decir del Islam sino el bien.

Conclusión de la decimoquinta tesis

Allâh nos invita a desplegar los medios más nobles cuando se trata de transmitir el conocimiento de la Unicidad Divina, según Su palabra: **“Llama a los hombres al camino de tu Señor, a través de la sabiduría y una bella exhortación; discute con ellos de la mejor manera”** (Corán 16-125).

DECIMOSEXTA TESIS

Sobre la libertad de conciencia

El hombre puede sentirse orgulloso de la independencia de su espíritu y de la libertad de su conciencia, pero es importante que él manifieste a su respecto una cierta prudencia. Y ello porque esta libertad puede tomar posesión de él como si de un tirano se tratara. Ello es así para todo aquel quien profesa la doctrina del libre arbitrio. ¿No veis que no queriéndose adherir a escuela alguna, cualquiera que sea, él cae inevitablemente en aquello lo cual pretendía evitar?

El se encuentra tomado en fin por aquello de lo cual deseaba salvarse, retornando a ello entonces, de una manera más vil aún que precedentemente, pues al principio al menos existía un modelo (Muqtadi), mientras que en fin de cuentas ello se convierte en un modelo (Muqtada) el cual es seguido en un dominio en el cual él se encuentra desprovisto del argumento decisivo procedente de su Señor. El asumirá a pesar de él mismo, la responsabilidad de aquellos quienes le siguen, y su nueva doctrina hará objeto como todas las escuelas, de elogios y de críticas (Madan wa-d-dima).

El materialismo (A-d-dariyya) en sí mismo, no es sino una exageración de la libertad de conciencia. Quiriendo huir de todas las doctrinas, él no hace sino crear una doctrina más; lo que ha tenido como consecuencia el provocar en la sociedad humana el desorden y la confusión.

Antes de la aparición de esta doctrina materialista, la casi totalidad de los hombres creía en un Dios quien gobierna el Universo. Las divergencias se encontraban solamente sobre la concepción de Dios, pues ellos se acordaban sobre el hecho de que las cosas no pueden dirigirse ellas mismas.

El creyente encuentra siempre en sí mismo, en un grado u otro, aquello lo cual le impide el cometer actos condenables o de transgredir las leyes, sea cual fuere la definición que él dé de Dios o de la manera en la cual lo afirme. Esto es lo mejor que una sociedad puede esperar como beneficio de la creencia.

Cuenta habida de lo que precede, no niego que la libertad de conciencia es una cosa de la cual la humanidad debe estar orgullosa. Pero, es necesario reconocer que ella se encuentra lejos de poder comprenderlo todo. Sentir la existencia de esta fuerza misteriosa que llamamos Dios, éste al cual se obedece, aún si no es visible para nosotros, quienquiera que no experimenta en absoluto dicha sensación, no es humano sino únicamente en su forma externa ('Insan fî-ş-sura). Es a estos últimos a quienes el Qur'an hace alusión diciendo: **"Tienen corazones con los cuales no comprenden nada"** (Corán 7-179).

El verdadero ser humano es aquél quien posee suficiente sensibilidad (Šu'ur) para realizar cuan es incapaz y débil ante esta Fuerza misteriosa (Al Quwwa-l-gaybiyya) y este Poder Universal (Al-Qudra-š-šamila) que engloba toda cosa, ya sea cercana o lejana, presente o ausente. Este Poder se encuentra más cerca del hombre que el hombre mismo: **“Hemos creado al hombre: Nos sabemos lo que su alma le sugiere; Nos estamos más cerca de él que su vena yugular”** (Corán 50-16)

Conclusión de la decimosexta tesis.

Es necesario que el pensador no exagere en el uso de su independencia de espíritu; esté lo orgulloso que esté sobre su capacidad de pensamiento; que no olvide que otros han pensado igualmente, y que él evite subestimarlos.

DECIMOSEPTIMA TESIS

Como toda otra facultad, la razón (Al-'Aql) se encuentra sujeta al error

Resulta de todo cuanto acabamos de decir que los filósofos son incapaces de conocer las verdades metafísicas (Ma wara'a-l-madda). Esto significa que no se puede recurrir a ellos, en lo referente a todo aquello que se trate de lo Divino (Al 'Ilahiyat), como se tendría derecho de hacer cuando se trata de problemas de orden físico (Al-Maddiyat). Esto es debido al uso de su razonamiento en un dominio que le sobrepasa y a su intervención en aquello lo cual ella no sabría conocer sin apoyarse en una prueba (Dalil) evidente o en un argumento (Burhan) irrefutable. También la razón regresa cansada, agotada.

No nos podemos extrañar que ella retroceda delante de aquello lo cual se encuentra por encima de sus fuerzas. Se constata con frecuencia que ella se equivoca con frecuencia en aquello lo cual tiene costumbre de tratar. La mejor prueba de esto es que los filósofos divergen, incluso sobre los asuntos más accesibles al pensamiento (Al-Ma'qulat). La Verdad, no siendo múltiple, cuenta tenida de sus divergencias, no podemos decir que ellos se encuentren en lo cierto. Siendo ello así en los dominios accesibles a la razón; ¿qué sería entonces si ella se aventurara en las vías que se encuentran lejos de su alcance?

De una manera general, todos los órganos de los sentidos del hombre pueden equivocarse; ¿cómo comprender de otra manera que el hombre pueda caer a veces en el error? Vemos pues como Allâh (Altísimo) ha creado los cinco sentidos para poder percibir las cosas sensibles: el olfato, el gusto, el oído, la vista y el tacto. Como cada uno de ellos puede equivocarse, Allâh ha instituido la razón para juzgarlos y no al contrario, a fin de que ellos sean sujeto de verdad y no de error.

¿No tiene la vista la impresión de que las altas montañas llegan a tocar el cielo?

Al igual, algunas personas enfermas llegan a sentir la miel como amarga. Ello es igual para todos los sentidos internos y externos al hombre.

Así, este género de percepciones erróneas, son consideradas por la razón como completamente vanas, pues ella sabe que los sentidos se encuentran sujetos al error. Y como la razón misma no es infalible, Allâh (exaltado sea) ha instituido la ley sagrada (Šar') como norma. Dado que la Ley sagrada es la Luz que guía, la razón se encuentra obligada de referirse a ella en todo aquello lo cual no es de su dominio. **“Aquel a quien Allâh no da luz, carece de luz alguna”** (Corán 24-40).

Conclusión de la decimoséptima tesis

Lo que precede nos muestra que cuando se trata de cuestiones divinas, uno no puede fiarse a las especulaciones filosóficas sino en la medida en la cual ellas son corroboradas por el Qur'an o la Sunna. Aparte de estas cuestiones, el problema es otro.

DECIMOCTAVA TESIS

De la debilidad de los argumentos avanzados por ciertos materialistas contra la existencia de Dios

En resumen quienes soportan la no-existencia de un Dios Regente del mundo (Nafy al-Mudabbir) se dividen, en cuanto a sus argumentos se refiere, en dos grupos: Mientras unos invocan tal argumento, los otros invocan su contrario, todo ello para defender la misma tesis. Globalmente, se constata que sus argumentaciones se contradicen y se oponen las unas a las otras. Así, cada tendencia nos proporciona todo aquello cuanto necesitamos para refutar los argumentos de cada una de ellas.

Para ser más claro, diremos que uno de los dos grupos estima que el universo ha aparecido en su forma acabada; dicho de otra manera, la naturaleza ha creado todas las cosas y cada una de ellas, perfectamente y en armonía. Según ellos, las cosas se encuentran ligadas las unas a las otras y los efectos a sus causas, sin que en ningún caso exista ruptura alguna del equilibrio. Así como las cosas han sido hechas, es así como ellas continúan siendo, siempre sometidas a las leyes naturales.

Estas gentes estiman que si existiera además otro universo, y exterior a él algo lo cual se llamara Dios, habría dejado huellas tales como un hecho extraordinario o una violación de la naturaleza. Así habríamos podido obtener la prueba de la existencia de un Dios exterior al Universo. Pero, puesto que nada ha venido a perturbar el orden universal, consecuentemente no se puede hacer otra cosa que negar su existencia.

Da la impresión que este grupo de gentes desearía que Dios se asemejara al hombre, decidiendo hoy lo contrario de lo cual decidió ayer. Tal es en substancia su argumento. Nos estimamos, en lo que nos concierne, que este argumento es más bien la afirmación de Dios que Su negación.

El segundo grupo afirma el haber estudiado a fondo y haber investigado profundamente ciertas criaturas: “Hemos constatado – dicen ellos – que ciertas de entre ellas son contranatura o más exactamente, inútiles. Así, por ejemplo, existe una especie de insecto cuya capacidad de reproducirse es tal que si se no se la controlara, ella no tardaría en cubrir la superficie de la tierra en un tiempo record. Y, sin embargo, constatamos que esta especie es bastante menos numerosa con respecto a otras en razón de toda clase de impedimentos naturales que llevan a su destrucción. ¿En estas circunstancias, cuál es la ventaja de su existencia?”

Dicen aún: “Existe una especie de animal en la cual cada individuo posee las características del sexo masculino y femenino, sin necesitar fecundación externa alguna. No existe ningún provecho en el contacto de individuos de su especie. Si ello es tal, se puede decir que la

existencia de esta especie no es sino una pulsión gratuita e incoherente de la naturaleza. Si hubiera en verdad un Dios Todo-Poderoso quien gobierna toda cosa, como se pretende, no existirían hechos semejantes que pueden ser cualificados de absurdos.”

Tales son resumiendo los argumentos avanzados por estos grupos. Da la impresión que estos últimos no admiten que alguna cosa referente a la naturaleza de estos seres la hayan podido pasar por alto; en ese caso, ellos no habrían extraído argumento de lo que ignoran para probar la inexistencia de Dios.

Conclusión de la decimoctava tesis

Es bueno para el creyente conocer las tesis de estos grupos. Así, él no se imaginará que sus argumentos sean más fuertes que aquellos pronunciados por quienes proclaman la existencia de Dios.

DECIMONOVENA TESIS

El ser humano es muy débil para abarcar todos los conocimientos

Cualquier persona se encontraría dispuesta a reconocer su incapacidad de alcanzar el conocimiento perfecto, si el orgullo en creerse erróneamente, un espíritu independiente, no se lo impidiera. Una tal persona se abandona inconsideradamente a sus teorías y afirma o niega según su capricho, como si ella abrazara toda la ciencia. No obstante, la verdad exige del hombre no negar una cosa cuya existencia es posible, antes de haber escrutado cada una de ellas en profundidad y de haberse interrogado sobre todo aquello lo cual pueda existir más allá así como sobre sus posibilidades de llegar al secreto de todo conocimiento.

Y si, como es probable, él no puede acceder perfectamente a lo cognoscible (Al Ma'lumat) ¿cómo podría acceder a las cosas incognoscibles (Al-Ma'âhil) las cuales comienzan donde terminan las facultades humanas (Idrak al Insan)? A una cuestión tal, la persona interrogada no podría proveer de respuesta alguna.

En cuanto al sabio, él está convencido de que el hombre es muy débil para alcanzar el conocimiento íntegro de los fenómenos, lo cual hace de él un ser humano. Y siendo ello así ¿cómo se permite el negar una cosa por la simple razón que su pensamiento no la ha concebido? ¿Sería pues su pensamiento el único criterio universal, no teniendo aquellos conceptos los cuales se le escapan existencia alguna? Yo pienso, antes al contrario, que todo puede escapársele. ¿Qué le impediría tener esta misma concepción mientras su comprensión de hoy es mayor que la de ayer y la de antes de ayer? ¿Puede admitir que su comprensión puede aún aumentar? La respuesta no puede ser de otro modo que afirmativa. De hecho, la comprensión puede, ya sea aumentar, ya sea disminuir. El sabio puede felicitar-se de haber comprendido que lo que el ignora en cuanto a los secretos de la creación es infinitamente superior a lo que él conoce; sino su alejamiento de la sabiduría sería igual a su alejamiento de esta verdad inscrita en el corazón de todo sabio. De una manera general, el más grande de los sabios es el más modesto, el más maravillado ante la inmensidad del misterio de la creación. Es a ellos a quienes hace alusión el Qur'an cuando dice: **“No se os ha dado de ciencia sino un poco”** (Corán 17-85)

Conclusión de la decimonovena tesis

Atraigamos la atención del hombre sobre el hecho de que aquello lo cual ignora es más grande de aquello lo cual conoce, afín de que se encuentre presto a recibir la enseñanza de alguien más sabio que él, conformemente a esta palabra de Allâh: **“Por encima de todo sabio, hay otro más sabio aún.”** (Corán 12-76).

CAPITULO V

FILOSOFIA Y TRASCENDENCIA

(Tesis 20 a 22)

Una vez demostrado lo errado de las tesis de la Filosofía Occidental, el chayj continúa construyendo el edificio sólido de la verdad.

La Filosofía no es un fin en sí misma, sino una ayuda necesaria para poder comprender realidades ocultas detrás del velo espeso de la existencia. Ella es pues válida a fin de localizar y enumerar los elementos que entran en liza, sin no obstante, proponerse a ella misma como solución. Más allá de su corteza se encuentran realidades las cuales no podemos alcanzar por los sentidos corporales y la razón, sino a través de querer ir más allá en el conocimiento e intentar abrir las puertas de los sentidos internos inherentes al espíritu.

Una vez se penetra en la naturaleza de esas realidades ocultas percibiremos que la verdadera esencia del ser humano, tanto en su sentido externo como en su alcance profundo, no presenta contradicción alguna, siendo como son estos dos, aspectos complementarios y diferentes de la misma realidad, quedando como única diferencia existente el nivel donde nos colocamos.

Es en ese sentido que la filosofía es útil, siempre y cuando no la queramos hacer llegar más lejos de lo que ella puede avanzar.

VEINTEAVA TESIS

La verdadera filosofía no contradice la doctrina de la pura Unidad

Resulta muy común el constatar como en la comprensión común de las gentes, el término filosofía se ha convertido en el símbolo de la doctrina corrupta (Su'u-l-'aqida). Esto es debido al Ateísmo (Al Ilhad) profesado por ciertos filósofos. En realidad, esta oposición es la de los intrusos o los filósofos quienes no llegan a sobrepasar las cosas sensibles para llegar a todo cuanto ellas esconden de sutil.

Ahora bien, es un principio primordial de la filosofía el tratar de conocer la naturaleza de las cosas, según la capacidad (A-t-taqa) y las disposiciones (Al-Isti'dad) del buscador. No hay duda que aquel quien, en su búsqueda, va hasta el fondo de las cosas, con una mirada sincera y una inteligencia penetrante (Bi Nazarin sadiq wa basira nafi'da) no faltará por llegar al punto de percibir el hilo el cual engarza cada cosa a un mundo invisible: objeto de búsqueda del sabio y frescor de los ojos de las gentes de la Unidad (Al Muwahhidun).

A este punto las concepciones de los filósofos encuentran y se aproximan a las de los grandes hombres de todas las religiones. En estas condiciones, la persecución de una tal búsqueda no puede llevar sino es a la Unidad, aún si al principio se corre el riesgo de extravío. Pero esto no es posible más que si ellos no se paran en la piel, sino que se dirigen al núcleo; contrariamente a los materialistas quienes han decidido no acordar ninguna importancia a todo aquello cuanto se encuentra más allá de la materia, es decir, a las cosas espirituales. Al contrario, aquellos quienes han mirado más allá de lo material, han visto ideas vírgenes (Akbar al Ma'ani) sonreírlos a través de los fenómenos. Lo que les llevó a declarar que existe una mano la cual obra detrás de los velos densos de la materialidad, poseyendo ella sola el poder ejecutorio y el juicio categórico.

Ellos poseen ahora la certeza de la existencia de un poder escondido, cuyas acciones se manifiestan a los sentidos a través de fenómenos, y que más allá existe ***“lo que ningún ojo ha visto, oído escuchado jamás y ningún espíritu puede concebir”*** (hadiz). Así, ellos han llegado a reconocer la necesidad de bajar la cabeza y curvar la espina dorsal delante de este extraordinario Poder que la naturaleza humana no puede imaginar.

Tal es, en resumen, la concepción de esta categoría de gentes. Ella se encuentra en el límite de todo cuanto puede ser alcanzado en metafísica. Siendo además precisado en el Qur'an: ***“Mientras que su ciencia no puede alcanzarle”*** (Corán 20-107).

Conclusión de la veinteava tesis

No se debe pensar que la filosofía, por su naturaleza propia, concluya necesariamente en la negación de Dios (Ilhad). Es cierto, no obstante, que ella es causa de caída para todo aquel

quien no se encuentra preparado. Añadamos que estamos hablando de la metafísica y no de las otras áreas de la filosofía.

VIGESIMOPRIMERA TESIS

La duda en un rector (Mudabbir) del mundo es una de las pruebas de Su existencia

No está excluido que exista en la naturaleza original del hombre (Fitra) lo que nos guía para encontrar, a partir de toda cosa, la prueba de la existencia de Dios, y esto, en la medida en la cual se utiliza la inteligencia y una sensibilidad sana. Pero, muy frecuentemente el ser humano rehúsa reconocer la prueba cuando la encuentra: **“Ciertamente el hombre es ingrato hacia su Señor”** (Corán 100-6).

Dado que nada se encuentra absolutamente vacío de signos de la Existencia de un Regente del mundo, conviene al hombre sabio no pasar por alto lo que le permite afirmar la Existencia del Creador del universo. Tanto más, cuanto él es capaz de llegar a la deducción de una cosa a través de su contrario. ¿Cómo puede pasar por alto las sabidurías luminosas contenidas en las criaturas y los misterios escondidos (al-Mugayyanat al-Mustatara) detrás de ellas, siendo como es cierto que aquello lo cual le escapa es más grande que lo que él conoce?

¡Pero ay! ¿Por qué no considera que la Verdad forma parte de aquello lo cual se le esconde, y no espera un poco quedando aún en la duda? Que considere bien el asunto, puede ser que en esto pueda encontrar la existencia de aquello de lo cual duda; puesto que esta duda es algo; ahora bien, en toda cosa hay un signo (‘Aya) de Allâh. No es por tanto nada extraño que pueda encontrar en ella un signo probatorio de la existencia de Dios. En efecto, basta con conceder un mínimo de atención para constatar que dicha duda se encuentra compuesta de dos contrarios: la Negación (Nafy) y la Afirmación (Izbat). Esto, sin que la una quiera ocupar el lugar de la otra. Es este un signo específico que se encuentra raramente. Por otra parte, si uno se inclina hacia estos dos contrarios, se constata que los datos de la afirmación se conciben únicamente gracias a una influencia exterior. ¿Cuál es pues la clase de influencia la cual ha precisado de un tal grado de afirmación en un corazón libre de todo lazo? Sería ilógico decir que esta afirmación ha aparecido como si nada; o entonces, haría falta admitir que un hombre inteligente pueda negar una existencia la cual entra en el dominio de lo posible. Ahora bien, lo que es imposible, es imposible y no se puede dudar sobre su inexistencia.

Nos diremos, en resumen, que la afirmación de la Existencia de Dios se ha vuelto posible por los sentidos internos (Al Işasatu-l-batin), y que el hombre no puede ser insensible. Pero es necesario que aquel quien cuya sensibilidad es débil no juzgue a aquellos cuya sensibilidad es más fuerte. Lo que acaba de ser dicho sobre la afirmación considerada como el efecto de una causa externa no puede aplicarse a la negación. Pues esta es la expresión de una ausencia de lazos; ella se encuentra ligada a la inexistencia del ser humano. **“Allâh os ha hecho salir del vientre de vuestras madres, y no sabíais nada”** (Coran 16-78). Una vez el ser humano ha llegado a la madurez (Istakmala-l’wuÿud), entonces comienza a sentir le

existencia de un poder inconcebible encontrándose en el exterior o en un lugar ignorado. Tan pronto él la afirma, tan pronto la niega. Su parte de fe en ella es igual al grado de afirmación interior, la cual es una de las propiedades esenciales de este Poder.

Un hecho tal es considerado como eminentemente precioso, aún si no es completamente firme. Cuando se produce, se convierte en la escalera (Mi'raÿ) la cual permite al hombre alcanzar el misterio de la fe en Dios. El puede igualmente, siempre quedando atento en permanecer en ese grado de afirmación, meditar sobre ciertas causas las cuales le llevarán hasta esta fe. Esta terminará por tomar en su interior un lugar para nada insignificante. Y si él permanece confiado (Sakana), encontrará la Paz de su consciencia: sobre todo si él une su propia fe a la certeza de otro, provisto que los argumentos se fortifican los unos a los otros.

Añadamos que la situación de éste de quien hemos hablado en esta premisa es la de aquel quien se adhiere al Misterio divino (Al-Gayb) y no de aquel quien rechaza el testimonio de la Unicidad. Que Allâh nos ayude.

Conclusión de la vigesimoprimera tesis

Se trata pues de un simple examen en vista de atraer la atención del lector. Es, en efecto, difícil, de hacer admitir una prueba al opositor decidido a no admitir ninguna, aunque ella fuera del tamaño del universo todo entero.

VIGESIMOSEGUNDA TESIS

El culto es innato al ser humano

La naturaleza divina (Al-Fitra-l-Ilahiyya) depositada en el seno de la humanidad no cesa de incitar al hombre responsable a volverse hacia su Creador y a someterse a Sus obligaciones y Sus prohibiciones. Es un sentimiento imposible de sofocar enteramente, se quiera o no. Todo el mundo conoce la atracción que experimenta, a pesar suyo, el ser humano por un tal principio: **“Según la naturaleza que Dios ha dado al hombre cuando le ha creado”**. (Corán 30-29).

Es pues imposible sustraer este principio enraizado en el ser, sean cuales fueren los esfuerzos hechos por el hombre moderno en este sentido. Sí, él lo ha intentado, pero ha sido en vano. El constata su impotencia ante la Naturaleza eterna enraizada en el ser humano desde su aparición. Atracción la cual durará tanto como dure el hombre, aún si ella pudiera perder algunos de sus caracteres. Y es casi seguro que no existe consciencia la cual se encuentre desprovista de ella.

Algunos la reconocen o podrían reconocerla, si no fuera por la tiranía del amor propio, la cual les impide afirmar en alta voz la verdad de los hechos.

Digamos en una palabra que la servidumbre (Al –‘Ubudiyya) en el ser humano se encuentra más atraída por el principio de adoración (Al-Ma’budiya) que el hierro por el imán. Lo que prueba esto es que el hombre la busca en las cosas exteriores; ya se la imagine en las piedras, ya en el fuego. Como el sediento en el desierto viendo un espejismo, él se dirige hacia ellos creyendo que se trata de agua.

“Pero cuando él lo alcanza, no encuentra sino a Dios” (Corán 24-38)

Conclusión de la vigesimosegunda tesis

Se debe meditar sobre la sabiduría de la Palabra de Dios. **“Todos aquellos quienes están en los cielos y en la tierra se presentan ante el Misericordioso como simples siervos”**. (Corán 19-94)

VIGESIMOTERCERA TESIS

El hombre moderno tiene más necesidad de religión que el primitivo de civilización

Esta premisa se dirige a aquellos quienes se imaginan que la religión es una cosa y la civilización es otra. Antes bien, en realidad, la religión de cada pueblo representa la civilización que era la suya antes de caer en la facilidad, y más aún en la decadencia. Tal es la ley natural (A-n-Namus) que convenía para el hombre en cada época, la cual era igualmente obra de Dios.

Pero supongamos que la religión y la civilización sean dos cosas diferentes, diremos entonces que el hombre moderno tiene más necesidad hoy en día de religión que la ha tenido de civilización en épocas anteriores. Pero de hecho, el ser humano nunca ha cesado, aunque se tratara de un solo día, de tender hacia la civilización.

Desde la época en la cual estaba obligado de subirse a los árboles para recolectar y comer de sus frutos y cubrirse con sus hojas, y hasta sus estadios ulteriores, él nunca ha cesado de progresar en el tiempo, con el florecimiento de su consciencia. En ningún momento de los estadios por los cuales debió pasar perdió su tendencia a civilizarse. Siempre ha luchado contra la naturaleza a fin de diferenciarse de su especie general, y alejarse de su condición anterior hasta que ha llegado al estadio actual. El pasará por otros estadios aunque sólo Dios conoce lo que le desvelará el porvenir.

Sea como fuere, es necesario constatar que el hombre moderno tiene hoy en día más necesidad de religión que la tenía de civilización en el pasado. Dicho de otra manera: él se encuentra más próximo de la regresión que del progreso.

“Práctica constante de Allâh con quienes os precedieron. Y no encontrarás en la costumbre de Allâh ningún cambio” (Corán 33-62)

Conclusión de la vigesimotercera tesis

Parece que una civilización sin dimensión religiosa no puede estar segura de su continuidad en el progreso. Pero toda ciencia pertenece a Dios.

CAPITULO VI

LA LEY DIVINA

(Tesis 24 a 27)

Para terminar este tratado básico sobre la Filosofía Islámica, el chayj Al-Alawi nos hace un recordatorio de las necesidades básicas y complementarias del ser humano, así como de los elementos útiles. Los tres confluyen en la vida humana como elementos indispensables a fin de llevar una vida ordenada y civilizada.

Dichos elementos no pueden ser atendidos ni armonizados sino es por medio de una Ley Divina de orden superior a las capacidades humanas de percepción y pensamiento.

Es pues a Allâh, el Creador, a quien, habiendo dado forma inteligente al Universo y dentro de este al ser humano, le corresponde legislar lo más convenientemente en base a aquello lo cual El mismo ha creado.

Es por ello que la Divinidad, Allâh, no es ya solamente el Creador, sino que asimismo es el Rey, el Juez y el Gobernador del ser humano.

Sin dicha Ley, no solamente la humanidad caería toda ella en el caos, sino que, desprovista de la base necesaria, sería incapaz de acceder a estadios superiores de inteligencia y conocimiento.

Una vida sin Ley Divina es una vida puramente anárquica, donde lo animal toma las riendas dando órdenes al raciocinio y a la lógica, lo cual es exactamente la inversa de la jerarquía natural del ser humano, donde la razón debe prevalecer y el corazón, sede del espíritu, gobierna la razón de manera luminosa.

Es pues, resumiendo, la Ley Divina, la única norma la cual puede traer al mundo la armonía, serenidad y paz que necesita. Es pues este arte de gobernar el único que puede llegar a dar a todos los miembros de la sociedad lo necesario hasta dejarlos saciados.

La inteligencia humana, no pudiendo abarcar todas las ciencias y conocimientos debe ponerse al servicio de dicha Ley, pues es esta la única manera de que pueda reverdecer y crecer hasta el confín de sus posibilidades innatas.

Es así que el filósofo, si es sincero en sus afirmaciones de búsqueda de la verdad, al llegar a ese confín deberá saber que inmediatamente más allá de él se encuentra aquello lo cual ningún ojo pudo ver, oído escuchar y espíritu alguno llegar a imaginar:

Y esto último es la Verdad.

VIGESIMOCUARTA TESIS

Las leyes divinas no han sido prescritas sino para garantizar los fundamentos del ser humano y proteger sus intereses esenciales

Se sabe que el ser humano tiene un conjunto de intereses el cual sería fastidioso enumerar, aunque sin embargo podemos decir que se unifican en tres categorías:

Los elementos necesarios a su existencia

Las cosas útiles a su vida

Los elementos complementarios que le permiten alargar el campo de sus relaciones en la sociedad.

Cada una de estas categorías depende de aquella que la precede. No se pueden tomar en consideración las cosas útiles antes de los elementos necesarios, ni los elementos complementarios antes que las cosas útiles. Sea cual fuere la división que se adopte, diremos que las cosas necesarias se reducen a cinco elementos fundamentales que la Ley divina ha venido a proteger; ellos son:

La vida humana (A-n-Nafs)

La razón (Al 'Aql)

La creencia (Al 'Aqida)

La perpetuación de la especie (A-n-Nasl)

Los bienes materiales (Al-Mal)

La mayor parte del tiempo, la existencia humana no se perpetúa sino es por el conjunto de estos elementos de base, de los cuales cada uno sostiene al mismo tiempo otros elementos fundamentales. En otros términos, cada elemento necesario fundamental depende de otros elementos necesarios. Con mayor razón cuando se trata de cosas útiles y elementos complementarios.

Si consideramos los elementos necesarios a la preservación de la vida, por ejemplo, constataremos que ellos son en número de cinco elementos principales:

Los alimentos (Al-Mat'am)

La bebida (Al-Mašrab)

El aire que respiramos (Al-Hawa)

Las vestimentas que nos protegen (A-s-sitr)

Y la vivienda (Al-Ma'wa)

Ocurre lo mismo para cada uno de estos últimos; en efecto cada uno de ellos requiere los medios necesarios para su obtención. Tratándose de cosas útiles, diremos que se trata de elementos de los cuales el ser humano puede a veces prescindir, pero al precio de padecer fuertes dificultades en su vida social. En cuanto a los elementos complementarios se refiere, se trata de las cosas añadidas y que pueden parecer inútiles a la preservación de la vida humana. En realidad, ellos complementan las cosas útiles, al igual que estas últimas complementan los elementos necesarios.

Así, el rechazo total de los elementos complementarios perjudica a las cosas útiles, así como el rechazo de estas últimas perjudica a los elementos necesarios. En cuanto a la Ley divina, ella no permite que cosa alguna perjudique a los intereses del ser humano, ni que estos últimos se vean disminuidos. Es por esta razón, y porque ella no reconoce la madurez del hombre, que se reserva el derecho de intervenir en todos los aspectos de su vida.

Cierto, ella no reconoce la naturaleza del hombre; de otra manera la hubiera dejado actuar a su guisa. Por otra parte; ¿qué de más habría hecho que lo que hace ahora y de lo que ha hecho en el pasado y de lo que hará en el futuro? **“El hombre es verdaderamente muy injusto e ingrato”** (Corán 14-36).

Conclusión a la vigesimocuarta tesis

Se debe saber que la Ley divina tiene pleno derecho para intervenir y preservar los intereses del ser humano; esto en todos los aspectos de su vida y en todas las situaciones. Y ello será así con o sin el acuerdo del hombre.

VIGESIMOQUINTA TESIS

El efecto de la Ley Divina es más aparente en los elementos complementarios que en los elementos necesarios

Los instintos humanos contienen en ellos lo que incita a la preservación de los elementos necesarios (A-d-daruriyat), lo que es diferente para las cosas útiles (Al Haîiyat) y sobre todo para los elementos complementarios (A-t-takmiliyat). No existe nada en la naturaleza humana que incite a la realización de estos; incluso a veces es lo contrario lo que se produce. Es por lo que vemos la ley divina interesarse particularmente en ellos.

Esto se constata en el caso de la preservación de la vida en referencia a la salvaguarda de la virtud humana, por ejemplo; mientras que para la razón, todas las cosas deben ser preservadas, para la Ley divina, puede ocurrir que la primera deba ser sacrificada en aras de la segunda. No obstante, no encontramos nada en la naturaleza humana que incite a la preservación de la virtud, y sobre la cual podamos apoyarnos.

Es así, porque para la naturaleza humana, las virtudes morales relevan de los elementos complementarios de los cuales generalmente uno puede prescindir. Al contrario, la Ley divina las ve de una manera totalmente diferente y les concede una gran importancia. Lo que muestra esto es la palabra del Profeta – sobre él la plegaria y la paz -: ***“He sido enviado para perfeccionar las virtudes morales”***.

El valor de las virtudes que son consideradas por el “Yo” (Nafs) como simples complementos, se percibe más claramente si comparamos estas virtudes a la exigencia de comer, lo cual es una necesidad para el hombre. En efecto, la naturaleza humana, comporta instintos que la incitan a comer, en cuanto a la manera, buena o mala, de procurarse los alimentos, el Yo no puede responder.

Lo mismo ocurre cuando se trata de hacer las necesidades; ello es una necesidad para el ser humano cuya naturaleza se encarga de la evacuación. En cuanto a los otros elementos tales como el escoger el lugar, el uso de un abrigo, el empleo de los medios de limpieza, etc..., nada en la naturaleza nos incita a ello.

En realidad, ello puede ser indicado por la razón, pero ¿qué puede ella sola ante las divergencias de orden individual?

Conclusión de la vigesimoquinta tesis

Es conveniente conocer la utilidad de la Ley divina para la protección de los intereses del ser humano. Un conocimiento tal permite en efecto el valorar mejor su necesidad para la existencia humana.

VIGESIMOSEXTA TESIS

Objetivos de la Ley dedicados a la protección de los elementos necesarios

Hemos visto precedentemente que la Ley divina era más aparente en las cosas útiles y los elementos complementarios que en los elementos necesarios. Ello es así porque la preservación de lo útil y del complemento es la condición misma de la preservación de lo necesario lo cual la Ley ha venido para proteger. En un último análisis los fines de la Ley divina no van más allá de la preservación de cinco elementos necesarios fundamentales:

La vida humana

La razón

La creencia

La perpetuación de la especie

Los bienes materiales

Si procedemos a un análisis filosófico de todas las normas (Ahkam) de la Ley, no lo haremos sin constatar que todas ellas tienen como fin último la preservación de los cinco elementos.

Por otra parte, parece que la filosofía moderna no dice otra cosa que esto, al menos en la medida en la cual sus enseñanzas tienen como finalidad la felicidad del hombre, tal y como ella pretende.

A menos que esta filosofía no estime que la creencia no sea un elemento necesario a la existencia humana, postura bien posible si se definiera el concepto de ser humano sin hacer referencia a su necesidad de comunicación (A-n-Natiqiyya). Ahora bien, el hombre es un animal dotado de palabra que no puede, sin creencia, evolucionar hacia la Unidad.

Por otra parte, una tal concepción tendrá como consecuencia lógica el negar la sensibilidad interior (Ihsatihi-l-Batiniyya), la fuerza espiritual la cual hace de él precisamente un ser humano. Esta posición es absurda. No se puede imaginar al ser humano sin creencia alguna, pues la negación, suponiendo que ella exista en alguien, es precisamente su creencia personal. Negación, la cual le impulsa a cometer actos contrarios a aquello lo cual hace de él un hombre.

Dado que el ser humano no puede realizar plenamente su sentido sin la creencia, es natural que esta forme parte de los elementos necesarios que la Religión se ha propuesto preservar.

Conclusión de la vigesimosexta tesis

Que esté claro que la religión garantiza al ser humano su dicha, a condición de que él se conduzca conformemente a sus enseñanzas.

VIGESIMOSEPTIMA TESIS

La Ley Divina se ocupa de los asuntos generales del ser humano mejor que lo hace él mismo de sus intereses particulares

Las preocupaciones de la Ley divina están destinadas únicamente a procurar beneficios al hombre y a alejar de él los perjuicios, y ello con una sutilidad la cual el ser humano es incapaz de percibir. En efecto, sea cual sea la evolución de sus facultades, el hombre no posee la capacidad suficiente la cual le permita protegerse contra sus malos deseos. Estos últimos le llevan a ocuparse de sus intereses personales sin tener cuenta del hecho de que esto perjudica en ocasiones los intereses de otros.

“Según la naturaleza que Allâh ha dado a los hombres, cuando los creó” (Corán 30-29)

Todo hombre esconde dentro de sí mismo una cierta cantidad de injusticia; por eso, él hará mal a su próximo cada vez que se le presente la ocasión. Este hecho se encuentra confirmado por la palabra del Profeta – sobre él la plegaria y la paz -:

La injusticia se encuentra bajo la axila de todo hombre

Y es el ejercicio del poder que la desvela

Es mejor para el ser humano ampararse bajo la autoridad de la Ley divina que bajo la de su semejante. Pensamos que el hombre equitativo comprenderá a qué hacemos alusión y admitirá nuestra teoría en la medida en la cual tome como guía su propia experiencia.

“El alma (Nafs), ciertamente instiga al Mal, salvo para aquél a quien Allâh otorgue Su Misericordia” (Corán 12-53).

Conclusión de la vigesimoséptima tesis

Se trata pues de invitar al ser humano a entrar en el círculo de aquellos quienes piensan que las cosas hechas por la Ley divina son mejores para el hombre que aquellas preferidas por él mismo.

A esto Allâh hace alusión:

“Cuando Allâh y Su profeta han decidido, no conviene ni a un creyente ni a una creyente mantener su elección”. (Corán 33-36)

CONCLUSION GENERAL

No pretendemos extendernos más, siendo conscientes que ello entraría en conflicto con el recuerdo vivo de la lectura de las palabras del chayj Al-Alawi. Pensamos que las explicaciones preliminares dadas al comienzo de cada capítulo son más que suficientes al efecto; cuando más, este hecho se ve reforzado por la claridad de la exposición de nuestro autor.

En efecto, su inteligente exposición, no solamente ha sido capaz de sorprender a propios o extraños, sino que lo directo de su estilo es suficiente por él mismo para penetrar fácilmente en los pensamientos más elementales. Podemos definir pues esta obra como un tratado inteligente dirigido a todo tipo de entendimientos. El chayj en esto sigue la Sunna del profeta Muhammad – sobre él la plegaria y la paz -, cuyas sabias palabras poseían la virtud de poder llegar con nitidez, tanto a los más dotados, como a todos los miembros del pueblo sin excepción.

Más allá de la Filosofía se encuentra la Doctrina. Esta Doctrina es la escala la cual nos hace subir de grado en grado por la universo del conocimiento hasta el límite que cada uno de nosotros pueda alcanzar. Un conocimiento que se encuentra más allá de la razón, de la lógica y de la mismísima intuición especulativa.

Dicho conocimiento (ma'rifa) es la especialidad de una élite de creyentes a quienes Allâh ha creado precisamente para su obtención. Su consecución pasa, nada más y nada menos, que por la aniquilación de nuestro ego, y por la extinción de nuestra voluntad en la Voluntad divina.

Un mundo de luces, donde a pocos les ha sido dado acceder, siendo esos pocos guías de la humanidad y estandartes verídicos de la Religión de Muhammad – sobre él la plegaria y la paz-.

Que Allâh abra nuestras inteligencias al conocimiento; que Allâh esté satisfecho del autor de este libro y perdone a su traductor y comentador; que Allâh bendiga al Profeta Muhammad, a su familia y compañeros; que El hermane a los musulmanes para que ellos puedan hermanar a todos los pueblos de la tierra con la luz del Islam.

Abdul Karîm Mullor